

Ten en cuenta que...

No son los entendidos de este mundo los más felices ni los que captan la grandeza de las cosas. Cuántas veces nosotros mismos hemos experimentado que cuando nos hacemos egoístas o engréidos todo se vuelve oscuro. Son los pobres y la gente sencilla la más preparada para entender lo bella que es la vida, los regalos que Dios pone en nuestro camino, lo afortunados que somos o la grandeza de ser creyentes. Quien cree que puede cargar él solo con todo, se equivoca y se cae; quien sabe que ha de agarrarse a la mano de Jesús, descubre que él es de verdad el descanso para nuestros cansancios y el alivio en nuestros agobios y fatigas. Él es, en definitiva, el maestro que nos enseña la verdadera mansedumbre y humildad que nos levanta.



Dios nos cuenta

En aquel tiempo, exclamó Jesús: «Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, así te ha parecido mejor. Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar. Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera».

[Mt 11, 25-30]



¿Qué me cuentas?

Al despertar, bendecid vuestra jornada, porque está ya desbordando de una abundancia de bienes que vuestras bendiciones harán aparecer. Porque bendecir significa reconocer el bien infinito que forma parte integrante de la trama misma del universo. Ese bien lo único que espera es una señal vuestra para poder manifestarse. Al cruzarnos con la gente por la calle, en el autobús, en vuestro lugar de trabajo, bendecid a todos. La paz de vuestra bendición será compañera de su camino, y el aura de su discreto perfume será una luz en su itinerario. Bendecid a los que os encontréis, derramad la bendición sobre su salud, su trabajo, su alegría, su relación con Dios, con ellos mismos y con los demás. Bendecidlos en sus bienes y en sus recursos. Bendecidlos de todas las formas imaginables, porque esas bendiciones no solo esparcen las semillas de la curación, sino que algún día brotarán como otras tantas flores de gozo en los espacios áridos de vuestra propia vida.

Pierre Pradervand , **“El arte de bendecir”**

¡Te cuento más!

No hay nada más bonito en la vida que descubrir que cuanto nos rodea es un tesoro, un regalo, una bendición: nuestra familia, nuestros amigos, nuestra vida, nuestras cualidades,



cuanto somos y tenemos. Cuando descubrimos que hemos sido bendecidos, entonces nos sentimos preparados para bendecir. Y es así como eliminamos nuestro pensar mal sobre los demás, nuestras críticas, nuestras quejas y amarguras. Todo lo tóxico se deja atrás para dejar entrar en la vida el dinamismo de la bendición, que es el mismo dinamismo de Dios: decir bien de la realidad, de los otros, de mí mismo. Yo te pido, Señor, que pongamos en mi boca palabras de bendición; todavía más: que yo misma sea una bendición para los demás con mi sonrisa, con mi cercanía y mi solidaridad.

Elena Cabello,
Catequista de Confirmación